



SOCIOLOGÍA

LO ABSOLUTO

Repítese en el periódico, en el libro, en el teatro, en la tertulia, en el Parlamento y hasta en el templo que todo en el mundo es relativo.

Pues yo, contra todo el mundo, invocando la inmunidad del pensamiento, no como quien pide el favor de la tolerancia, sino imponiendo la positividad de mi derecho, proclamo que hay en el Universo un absoluto que tiene estas tres manifestaciones: Justicia, Verdad, Belleza, que resuelven y anonadan todas las relatividades.

Se comprende que los escépticos nieguen lo absoluto y afirmen lo relativo: ellos no ven las grandes síntesis sino como erróneo resultado de las dogmas de las religiones, de las sectas, de las escuelas y de los partidos, y cuando se elevan algún grado sobre el nivel del sectario, por los errores del prójimo juzgan de los propios y esterilizan su inteligencia en la negación de lo bueno.

No así el pensador equilibrado, que considerando las diversas filiaciones de la credulidad, no como soluciones particulares de la gran incógnita, sino como hipótesis aventuradas para su despejo, saben descubrir las partículas de Justicia, de Verdad y de Belleza en ellas contenidas, y confían en que formándose el capital de la sabiduría humana por acumulación, por transformaciones, por evoluciones y por revoluciones, ha de llegar á su debido tiempo á la consecución del ideal, ó sea en sociología y moral á lo justo, en ciencia á lo verdadero y como resultado indefectible á lo bello, que es la sublimidad absoluta del arte que hermoseará la última etapa del progreso del mismo modo que el destello de la felicidad corona la frente del que practica el bien.

Lo absoluto no se halla ciertamente en la fe ni en la razón tal como las conocemos por la historia y por el estado actual de la cultura humana; no está en las religiones, á pesar de que cada una haya rodeado sus mitos de los supremos caracteres de la divinidad; ni en los sistemas filosóficos, que, á causa de su multiplicidad, lejos de haber encontrado el absoluto que buscan, han fomentado la duda; ni en la ciencia misma, porque partiendo de conocimientos positivos, aunque cada

día aumenta su caudal, tiene aún ante sí la inmensidad del infinito, y por consecuencia, tampoco lo encontramos en el arte, porque la poderosa acción del sentimiento y de la imaginación tiene un límite natural en la relatividad actual de nuestras creencias y de nuestro saber.

Y sin embargo, lo absoluto existe. Todo el mundo lo cree; mejor diré: todo el mundo lo sabe. Prescindiendo de los escépticos, que en este asunto como en otros muchos no han de ser tenidos en cuenta, el creyente de la teogonía, el sectario de la escuela filosófica, el partidario de la aspiración revolucionaria, lo mismo el que origina su fe en lo pasado que el que confía en lo porvenir, todos creen que el tiempo ha de consagrar y justificar sus esperanzas, y éstas no son otra cosa que la conquista de lo absoluto.

¿Qué valor racional puede, pues, tener la negación del absoluto? El mismo que tendría un problema matemático resuelto con datos falsos é incompletos.

Sea cual fuere el estado de nuestros conocimientos, la gravedad de nuestros errores ó la falacia de nuestras ilusiones, flota sobre nuestras cabezas una justicia perfecta, á cuyo alcance va la humanidad de una manera lenta pero segura. Por esa marcha progresiva salió el hombre del estado salvaje y llegó á la civilización, y si la ignorancia entorpeció su camino con la desigualdad de las castas, con la soberbia de los tiranos, con la superstición de las religiones y con el monopolio de la riqueza, hoy hemos llegado á la igualdad civil, á la libertad del pensamiento, á la tolerancia de las opiniones y á la práctica más ó menos sincera de la democracia, precursora de aquella suspirada igualdad social por cuya conquista se agitan de modo sorprendente todos los trabajadores del mundo, que han dado ya glorioso contingente á las prisiones, al destierro, al cadalso y á los pelotones de ejecución. Hay, pues, una justicia absoluta presentida por cuantos se hayan en pleno equilibrio fisiológico, y que se ofrece á nuestras esperanzas como premio á la constancia con que la humanidad la busca.

Las verdades parciales que el estudio y la observación nos han manifestado hasta el presente, demuestran que el Universo físico y el moral constan de una serie de leyes inmutables y de un determinado mecanismo, en cuya virtud se desarrolla la vida de los mundos y se verifican los fenómenos de la conciencia y del sentimiento. Que hay aún grandes problemas sin resolver, así hemos de reconocerlo; pero la inteligencia que ha catalogado ya unos conocimientos que abarcan la escala sublime que media desde los infinitamente pequeños, cuya vida, costumbres é influencia nos son en gran parte conocidos, hasta darnos idea clara de las distancias, de la magnitud, de la esencia y hasta de las manifestaciones de la vida en los sistemas planetarios y solares, que siendo un infinito de mundos se ofrecen á nuestra vista cual informe é inmenso turbión de plateadas partículas, bien puede seguir multiplicando infinitamente su acción poderosa, y si por último no pudiese llegar al fin, al agotamiento de toda materia de conocimiento, nadie puede, nadie tiene derecho de afirmar que no ha de alcanzar lo que para la práctica de la justicia sea necesario. Hay, pues, una verdad absoluta á la cual nos acercamos incesantemente, y si su inmensa extensión no cupiera en nuestra limitada capacidad, nadie sea osado á negarla, así como porque un viajero caiga desfallecido en su camino, no puede asegurarse que no exista el objeto de su peregrinación.

Con la existencia de una Justicia y de una Verdad absolutas convive una Belleza tan grande y sublime, que contiene dentro de sí lo ilimitado, lo inaccesible

lo infinito; lo compenetra con su luz, y aun parece que lo rodea con un espacioso más allá suficiente para extender holgadamente sus brillantes y rítmicas radiaciones.

Esa mecánica celeste que puebla de mundos el espacio sin fin y que se desarrolla en el tiempo sin principio donde se generan, viven y mueren llenando los fines de su existencia; ese continuo vaivén de la materia que se organiza, se transforma y se desorganiza, siéndole imposible á la imaginación, á pesar de su grandísimo poder, seguir las infinitas transmigraciones de la molécula que cruza sin cesar los tres reinos de la naturaleza, y unas veces es componente de César, como dice Sakespeare, y otras partícula de lodo inmundo; el fragor de la tempestad, y la dulce placidez de las brisas primaverales; la ígnea ebullición subterránea que palpita produciendo terremotos y se desborda por los cráteres de los volcanes, y la linda colina cubierta de viñas y olivares; las abruptas rocas de inculto paisaje, y la exuberancia de la llanura fecundada por bullicioso riachuelo y santificada por el trabajo; el bosque tropical donde anidan las más feroces alimañas, y la hermosa florecilla de la pradera que embalsama el ambiente y alimenta al minúsculo insecto; las pasiones, las luchas, las virtudes, y todo, en fin, lo que contiene en sí este Universo de que formamos parte y del cual constituimos como una nota en el grandioso pentágrama de la vida, todo eso es belleza, y si el genio humano no puede abarcarlo todo en un poema, en un cuadro ó en una sinfonía, cúlpese, más que á nuestra pequeñez, á nuestro atraso, pero no se diga nunca que la belleza absoluta no existe. No cerremos nuestros ojos á la luz, ni nuestra razón á la evidencia.

Han desaparecido naciones poderosas; se han desvanecido ó se han transformado religiones, sectas, escuelas y todo género de agrupaciones que reunieron los hombres para poner la fuerza y la inteligencia multiplicada por la asociación al servicio de innumerables ideales: de Egipto nos quedan algunas momias envueltas en jeroglíficos ya descifrados, contenidas en ruinas seculares; de Grecia nos queda su filosofía y su arte con vitalidad bastante para servirnos de modelo clásico, reanudado por el Renacimiento y sirviendo de fuente de inspiración para nuestros pensadores y artistas; de Roma queda, junto con el recuerdo de su dominación en la mayor parte del antiguo mundo conocido, su derecho civil y político, encarnado aún en gran parte de nuestras instituciones y sobre el cual se sostiene aún el privilegio dominante; del pueblo de Israel queda la teogonía inspiradora de la religión subsistente, de las ideas de moral arcaica y también de las supersticiones de la época.

En la moderna filosofía, el hombre, inspirándose en el *nosce te ipsum* de los antiguos, va efectuando el inventario físico y moral del Universo, descubre y analiza las leyes y las fuerzas que rigen la vida en todas sus manifestaciones, las adapta á sus necesidades, y en su virtud transforma las sociedades, emprende las más atrevidas empresas científicas, artísticas é industriales y llega hasta concebir la atrevida esperanza de derrocar aquel Dios personal, caprichoso y contradictorio de las antiguas teogonias para convertir cada individuo de la especie humana en una partícula de la divinidad, capaz de conocer la parte y el todo del inmenso océano de la vida que nos rodea, metodizándolo todo por el estudio, aprovechándolo por la necesidad consciente y conservándolo por la prudente previsión.

No está, lo repito, el absoluto en la mente de los hombres que allá en los pri-

mitivos tiempos comenzaban el estudio de la ciencia, debiendo proveer á las imperiosas exigencias de la vida con las escaseces que proporciona la ignorancia; tampoco se halla en los sistemas exclusivistas de los tiempos medios, mezcla de verdades esotéricas y de errores exotéricos, que se mantuvieron por la fuerza y por el terror, elevando la intolerancia á condición de moral divina y á cuestión de orden público. En eso tienen razón los escépticos de las relatividades convencionales. En lo que no la tienen es en su sistemática negación para lo porvenir, incurriendo en la ridícula testarudez del apóstol Tomás, que no quiso creer hasta que vió y palpó, mereciendo por ello severa censura de su resucitado maestro.

El absoluto existe siempre; es contemporáneo nuestro, de las generaciones que pasaron y de las que están por venir, y se posesionará de la inteligencia humana cuando por la observación, el estudio y el desarrollo del pensamiento se hayan conocido todas las fases del Cosmos, se hayan destruido todos los gérmenes del mal, y libres de tiranos, de privilegios y de errores puedan nuestros descendientes desenvolverse como exigen las condiciones esenciales de nuestro ser. Entonces las sublimidades de la Justicia, de la Verdad y de la Belleza brillarán de modo inextinguible en las instituciones sociales y los que alcancen á vivir en aquellos dichosos tiempos gozarán aquí en la tierra de la felicidad absoluta que las religiones prometieron en el Cielo.

ANSELMO LORENZO.

El derecho á la vida

El derecho que todos los seres humanos tenemos á la conservación de la vida, es irrefragable; pero la tiranía despótica de los dominadores de la sociedad, ha creado un inmenso plexo de leyes y principios jurídicos tan irracionales, que determinan el inconcebible anacronismo de que el hombre no se pertenezca á sí mismo y de que esté perennemente expuesto á perder la existencia (*legalmente*, por supuesto), por la realización de actos más ó menos punibles y pecaminosos, pero que en ningún caso pueden justificar la perpetración judicial de tan inusitado procedimiento.

La ley persigue al homicida y castiga al asesino, y al propio tiempo enseña á la sociedad á ejecutar aquello que severamente prohíbe, levantando patibulos y consumando fusilamientos. La incongruencia de tal procedimiento es, desgraciadamente, bien palmaria.

El hombre nace, el hombre determina su existencia, y desde este solemne momento, viviendo en sí como *fin* y no como *medio*, tiene derecho indiscutible á la conservación de la vida: y este derecho es su derecho primordial, la esencia incubadora de todos los derechos, la potencialidad angusta de su soberana autonomía individual, porque en él se contienen todos los maravillosos elementos propios á desenvolver y robustecer la libre evolución de su entidad social, jurídica y políticamente hablando.

El derecho á la vida es la fuente de donde emanan todos los derechos sociales que el hombre debe disfrutar sin trabas ni restricciones.

El derecho á la propia conservación y á cuanto á su desarrollo es inherente, es tan indeclinable, tan perentorio, que el hombre, en medio de los despotismos, ilegalidades y miserias en cuyas confusiones morbosas nos debatimos, á fin de procurar la conservación de su existencia, *por cualquier medio*, no teniendo á su alcance los más *aptos y regulares*, echa mano de los irregulares y anormales, produciéndose, con tal motivo, en la sociedad la confusión y el desbarajuste más absolutos y disolventes que darse pueden, pues como la normalidad de la justicia social no está regulada, ni mucho menos, por la equidad del derecho natural, único derecho legítimo, no es, ciertamente, extraño que suceda cuanto de anormal acontece, ya que la razón ineludible en que se informa la conservación de la vida no espera, ni puede tener interrupción en sus benéficas informaciones, por más que así convenga á la insana codicia de una sociedad mezquina y cruel, que funda su prosperidad y su dicha en esa voraz *antropofagia* á que han dado en llamar *libre concurrencia*. Y como este complicadísimo problema, es exclusivamente económico, á la sociología y no á la política toca su bienhechora solución.

El derecho á la libre emisión del pensamiento, el derecho de reunión, el sufragio universal y la libertad de conciencia, como la igualdad ante la ley, todos los derechos preconizados por la democracia política, todas las libertades sancionadas y promulgadas por el parlamentarismo constitucional, para los esclavos del trabajo, para los desgraciados ilotas de la explotación sugetos á la *dura ley del salario*, no significan nada, no tienen absolutamente importancia alguna en el *realismo fatal de la existencia*, puesto que no puedan ejercerlas libérrimamente los desheredados que no cuentan con la independencia augusta que al hombre proporcionan los medios propios de vida. Quien de otro es dependiente, económicamente hablando, jamás podrá blasonar con evidencia de libre, ni aun en las funciones efectistas del derecho político. Esto es incuestionable.

Así, pues, los que deseen sinceramente la regeneración del mundo y aspiren con verdad á su engrandecimiento y liberación, renutriendo á los pueblos con la savia vigorizante de la *nueva vida*, deben proclamar, sin temores ni ambages, no ya la libertad política de las naciones que solo tiende, con sus lirismos engañosos, á producir el vil enervamiento de las masas esclavas, sino la absoluta emancipación económica de la Humanidad entera, pues no de otra suerte habrá de conseguirse en definitiva la regeneración de la sociedad, ya que esta medida racional, justa y radicalísima, supone algo así como el hierro purificador y reconstituyente que está llamado á vigorizar y tonificar las decadentes energías de los pueblos modernos que despiertan á los albores de la nueva vida con anhelos vehementísimos de libertad, preparándose á la épica conquista de su engrandecimiento y redención.

Trabajemos, porque el hombre se emancipe económicamente; pues sólo cuando cuente con elementos propios de existencia, cuando pueda alimentarse como es indispensable para disfrutar de una vida feliz y placentera, cuando habite moradas que reunan condiciones higiénicas y atractivas, cuando pueda abrigarse confortablemente en invierno y vestir con decente decoro en todo tiempo, cuando en torno suyo se desarrolle y acumule todo el bienestar y todas las comodidades que fisiológicamente su ser exige, reclama su naturaleza y su organismo necesita para vivir con salud perfecta y sana razón; cuando, en una palabra, todos los hombres seamos *iguales* ante los disfrutes del derecho, como ante las

obligaciones del deber, entonces será cuando, surgiendo potentísimos los purificadores fermentos de la *nueva vida*, se producirá, sin grandes dificultades ni sangrientas perturbaciones, la gran regeneración social que eleve al género humano al luminoso Tabor de su libertad y de su gloria.

AUGUSTO RUBIO.

LOCOS Y REVOLUCIONARIOS

La inflexible lógica de los hechos consumados, con su fuerza abrumadora, nos enseña que nada existe imposible si tiende á la perfección y se funda sobre la realidad.

Podrá parecer empresa de visionarios intentar la renovación absoluta del régimen social imperante, pero siempre fueron calificados de *locos* y foragidos de testables todos los innovadores y sacrificados todos los *Cristos*, viniendo, por tan extraño cúmulo de hechos incoherentes, á resultar la palabra *demencia*, sinónimo de sublimidad.

Con error palmario creyóse siempre que los espíritus reformadores y justicieros obraban poseídos de pasiones virulentas y por dar pábulo á sus *ambiciosos* instintos de perturbación, porque no hay reforma que no altere la marcha de lo existente, anulando lo caduco y tradicional para renovarlo con las lozanías purificadoras de lo racional y naciente; y el espejismo social que á tan craso error conduce á las sociedades, no es otro que el muy tristísimo de que los pueblos ignoren qué quiere decir *reforma* y qué significa *revolución*.

No puede haber reforma propiamente dicha, allí donde quedan incólumes los mismos organismos y factores que debieran ser renovados para bien de la prosperidad social. Reforma, pues, supone renovación de lo gastado y de lo inútil, y el resultado de toda reforma implica, en último término, una revolución.

Se trata de visionarios á los hombres heroicos que aspiran á reformar la sociedad para curarla de los males acerbos que minan y agostan su existencia, porque la flamancia varonil de las ideas por ellos preconizadas choca abiertamente con las anfibologías doctrinarias y principios disolventes que sirven de sostén al actual orden de cosas. Es nuevo cuanto dicen y pretenden realizar los reformadores socialistas, y la sociedad, porque no lo entiende ó no quiere entenderlo, califica de *utopías* trastornadoras emanadas de cerebros enagenados, ignorando que el progreso no es otra cosa que la aislación y alejamiento del punto de partida de lo conocido para convertir en tangibles y prácticas todas las sublimes creaciones engendradas por el calor vivificante de todos los idealismos y abstracciones que se agitan en el intelecto humano.

Todas las libertades, todos los bienes y dichas de que disfruta engreída la actual sociedad, débense á los sacrificios de los *locos* del pasado. Los utópicos de ayer son los redentores venerados de hoy, y no hay motivo serio para negar que los *perturbadores* y *dementes* de hoy resulten á la postre los redentores consagrados de mañana.

Sin revolucionarios heroicos, sin egregios innovadores dispuestos á todo con

tal de regenerar al hombre y acabar con la tiranía, todavía existirían en el mundo el ilota, el paria y el esclavo, viéndose, por tanto, el hombre obligado á ser el siervo obedientísimo, sin honra ni propiedad, del infausto señor feudal, y no hubieran tenido fin las cruentas persecuciones que, al iniciarse la era moderna, sufrieran los proletarios, cuando, por la violencia, la marca de fuego, el hierro, el tormento, los azotes públicos, las *purgaciones*, el *potro* ó la horea en definitiva, eran reducidos á la sumisión y al trabajo para medro y disfrute exclusivos de los *señores feudales*, convertidos de la noche á la mañana en explotadores de la industria y de la agricultura, al extinguirse el nefasto predominio militar por el feudalismo ejercido durante la Edad Media en casi toda Europa.

Sin revolucionarios varoniles que se atrevieran á romper con las tradicionales infamias, afrontando valerosos los más serios peligros y sufriendo impasibles los suplicios más crueles y afrentosos, todavía el hombre permanecería sumido en la dolorosa esclavitud de su primitiva ignorancia, sin que el radiante sol de la justicia humana hubiere conseguido jamás llegar al despejado cénit de su vigorosa y libertadora existencia.

El revolucionario Bruto, vengando á la ultrajada Lucrecia y acabando con la tiranía imperial de Tarquino *el Soberbio*; el gladiador Espartaco, revolucionando en Capua á los esclavos para que rompan las cadenas de la infamante servidumbre á que se hallaran sometidos, y el *loco* Galileo, soportando las humillaciones de que le hicieran objeto los insidiosos corifeos del error y del fanatismo por demostrar prácticamente el movimiento de la tierra según las teorías expuestas con antelación por el inmortal Copérnico, constituyen algo así como la trinidad augusta en que se encarnó triunfante el progreso humano de todos los tiempos. Los locos, los agitadores subversivos de todas las épocas, cuantos proscritos insurgentes han conseguido la inmortalidad por su amor sublime hacia sus semejantes y su fervorosa advocación al sacrosanto culto de la inmaculada verdad; todos los injustamente perseguidos de la tierra; todos los gloriosos innovadores que en el transecurso de los siglos han agitado, con su espíritu redentorista, la conciencia de los pueblos para prepararlos paulatinamente á su purificación y redención; todos, absolutamente todos esos genios excelsos y emancipadores que viven cubiertos de gloria en los abrillantados dominios de la histórica inmortalidad, para servir la causa de la justicia con lealtad y denuedo, hanse visto obligados á chocar con los poderes constituidos, rémora de todo bien social, y á estar en abierta y constante lucha con el fárrago abrumador de *leyes* y *derechos*, de inmunidades y privilegios y onerosas supremacías, que sirviera y sirve de pavés á la tiranía de todas las edades.—¡Santa monomanía es la que inspira á estos venerables *locos*, á estos heroicos alucinados que siempre lucharon contra el despotismo y se sacrificaron en aras de la verdad y de la justicia!...

Así es que, cuando engolfados seriamente en el estudio analítico de la Historia del mundo, vemos en sus luctuosas páginas los cruentísimos procesos por qué ha pasado ese coloso titán llamado OBRERO, para llegar, desde la primitiva esclavitud del paria, hasta la postrera del *ciudadano libre sujeto á la negra ley del salario*, pareciéndonos increíble que el obrero haya podido desligarse de las pasadas opresiones y llegar á la época feliz de su próxima emancipación, sin haber sucumbido víctima de tantas y tan infamantes aherrojaciones y viles servilismos como sobre él han gravitado en el transecurso de los tiempos, sorprendidos con

admiración inusitada á la vista de fenómeno tan magno y trascendental, no podemos menos de exclamar profundamente emocionados: ¡OBRA DE LOCOS!

Tras grandes luchas y encarnizadas hecatombes producidas por el espíritu integro y justiciero de los eternos proscriptos para levantar el ánimo de las muchedumbres esclavas, el *hombre-siervo* ha podido al fin llegar á la proclamación augusta de sus derechos, y llegará ¡quién lo duda! á la realización de todas sus aspiraciones de justicia y anhelos de libertad.

Admirados de tan singular heroísmo, confundidos ante tanta y tan sublime abnegación, nada nos parece de realización imposible, pues sabemos que allí donde late el corazón viril y entusiasta de un *utópico*, se agita con regeneradora prepotencia el espíritu augusto del progreso, espíritu grandioso y viripotentísimo que hará surgir en sazón oportuna al gran revolucionario, al *divino loco* que produzca, con sus *demencias sublimes*, la redención del mundo. Todo, todo puede esperarse con justicia del hombre utópico, del soñador subversivo, pues sólo de él pudo decir con verdad el poeta que:

«Y sin tener un punto de desmayo,
arrebato, creciendo en osadía,
á las entrañas de la nube el rayo
y el cetro á la infecunda tiranía.»

DONATO LUBEN.

IDEAS NUEVAS

Que las bases sobre las que reposa la sociedad actual son injustas, lo demuestra el que los trabajadores, esa clase siempre sumisa á la explotación y al vilipendio, sustenten ideas subversivas y aspire á mejorar sus pésimas condiciones económicas.

Cuando se hace la crítica de las actuales instituciones sociales, después de analizarlas, se llega al pleno convencimiento de que no pueden producir nada bueno, no ya para el proletariado particularmente, sino para la humanidad en general, y por esta razón quieren una sociedad sin más leyes que las naturales, ni otras bases que la ciencia, la equidad y la justicia.

En nuestro concepto, igual al de los sociólogos modernos y al de los trabajadores cultos, todas las leyes históricas, por muy justas que parezcan, son arbitrarias. Diremos en que se funda nuestra afirmación. Los hombres que las promulgan son unos cuantos, muy pocos, una ínfima parte de la humanidad y no representan, totalmente, las aspiraciones de un pueblo, sino al contrario, la monomanía de una porción de legisladores de profesión, que no sabiendo salir de lo anticuado y tradicional, no saben, ni quieren, romper los moldes deteriorados de las viejas costumbres. Además, toda ley formulada por un parlamento, no es más que el término medio de la opinión general y, por consecuencia, ha de ser arbitraria para las gentes que van más allá de lo legislado, y subversiva para los que ni aquí llegan siquiera. Resulta, pues, que para que estas leyes sean aplicables, y respetadas por todos, tanto por los que no admiten ninguna ley que sancione sus actos

y reglamento su actividad, como para aquellos que no deben obedecerla, según ellos, por que no es tal como la desean, se impone la necesidad de un aparato judicial, tan complicado como imperfecto y la existencia de un poder represivo que forman media humanidad de holgazanes de cuyas virtudes y austeridad, muy discutibles, no es oportuno hablar en estas circunstancias.

Por las consideraciones emitidas y por otras muchas omitidas, afirmamos, con sincero convencimiento, que toda sociedad basada en un código, no puede satisfacer plenamente las ideas, tendencias y aspiraciones de cada uno de los miembros que la componen, y que únicamente aquellos que por la fuerza ó la astucia han llegado al poder, tienen interés en conservar el actual orden de cosas porque les produce con demasía lo necesario para la satisfacción de sus necesidades, no todas legítimas, y sus apetitos poco naturales.

Por eso nuestras sociedades son tan inestables, y sus leyes, hasta las más fundamentales, son continuamente violadas por los mismos que las han hecho ó por los encargados de aplicarlas, si conviene á sus intereses particulares.

Así se explica que cuando el antagonismo entre las nuevas aspiraciones y las leyes políticas, impuestas por los legisladores como inmutables, ha llegado al grado máximo, cedan los defensores de las tales leyes, no sin antes apurar hasta el último cartucho, como vulgarmente se dice, y las nuevas ideas se impongan, tras enormes convulsiones sociales por la revolución, cúpula ó remate de la evolución humana en cada período histórico.

Esto sucede porque cualquiera innovación que el Estado introduce en uno ó varios engranajes de su complicado mecanismo, representa un progreso cien veces superior en el individuo; porque las instituciones no progresan, es decir, no se reforman más que cuando la evolución lenta que en el individuo se opera ha puesto á las masas en condiciones tales que, descontentas de las leyes que las rigen, obligan á los gobernantes, á fuerza de manifestaciones de desagrado, á modificar sus pretendidas infalibles instituciones. Resulta, pues, que quien progresa no son las instituciones, sino el individuo, y que por consecuencia todas son reaccionarias cualquiera que sea su origen, misión ó finalidad.

Discurriendo lógicamente sobre las ideas emitidas, opinamos que, para la lenta evolución del individuo hacia el perfeccionamiento moral é intelectual, precisa que su antonomia sea completa, que pueda manifestar libremente sus aspiraciones y desarrollarlas con entera expansión; en una palabra, que nada ni nadie ponga obstáculos á su libre iniciativa.

Si criticamos las instituciones actuales es precisamente por que matan al individuo el don más grande que hemos recibido de la Naturaleza; el de pensar, y le privan del derecho más inalienable que tiene todo hombre; el de *hacer*.

Como consecuencia lógica de esta crítica, deducimos que las leyes históricas deben desaparecer por completo porque son un obstáculo á la constitución humana y un medio eficaz de perversión moral, física é intelectual.

ANTONIO LÓPEZ.



León Tolstói

El carácter particularísimo del pueblo ruso, que parece haber salido ayer mismo de las nebulosidades de la barbarie, nos convida á tratar de sus costumbres triarcales y de su literatura adolescente al hacer la biografía del novelista que encabeza estas líneas, uno de los más notables que ha producido aquel coloso imperio, el mayor del mundo en cuanto á extensión territorial y el menor en cuanto á historia. Y estos propósitos muy bien pueden servir para que los lectores aprecien y comprendan los ensueños místicos del gran escritor que hoy nos ocupa, la sociedad que le sirvió de cuna y la literatura que amamantó cerebro extraordinario; pues al fin y al cabo, un conde, ni por ser conde ni por haber nacido en el país de los inviernos interminables, puede dejar de ser aquel que determinen el cerebro y el medio ambiente.

Es Rusia un país compuesto de varios pueblos. A 121 los hace ascender la biografía, derivados de siete núcleos principales que se unieron bajo el imperio de Burik en el siglo IX.

Con las consejas y cantos populares, esencia de toda tradición, acabaron las continuas luchas de aquella humanidad, salvaje hasta muy cerca de nuestro siglo.

Lo que sucede siempre en toda reunión de pueblos, el más vigoroso y el mejor constituido llega á imponerse y á prevalecer sobre los demás. Allí dominó el pueblo eslavo, y de su lengua se formó los rudimentos de la actual literatura rusa. Las obras más antiguas datan del siglo XI. Esta fecha lleva *Las leyes de Jaroslaf* y la *Crónica de Nestor*. En diferentes fechas, pero antes del siglo XVI, se escribieron los *Anales*, por Simón; el *Libro de los grados*, por Cipriano, y la *Crónica de Safia*. Hasta á últimos del siglo últimamente mencionado no se enseñó Gramática ni Retórica ni Poética en Rusia. Se desconocía aún la literatura propiamente dicha, y las obras publicadas no lo habían sido en un idioma unificado. En 1689 se imprimió el primer libro ruso, y unos cuantos años antes, en tiempos de Fedor III, Simeón de Polocz escribe las dos primeras comedias: *Nabucodonosor* y *El hijo pródigo*.

La gloria de haber purificado el idioma y de crear la literatura rusa, pertenece á Lomonoroff, autor poético que prevaleció á últimos del siglo XVIII, secundado por Soumarokoff, que escribió obras dramáticas de verdadero mérito.

Como se ve, Rusia no tiene historia, porque no tiene literatura. Hay verdadera relación entre la pureza del idioma y la vida de los Estados. Las naciones bárbaras hablan defectuosamente, y á medida que pueden narrar mejor sus hechos, van negándoles eficacia y hasta reniegan de la historia. Rusia, en literatura como en política, parece vivir aún en la Edad Media. Todas sus obras tienen sabor escolástico. El clero acapara las profesiones liberales como antes lo hiciera en el resto de Europa. Así, no es extraño que uno de los escritores revolucionarios de la Rusia contemporánea, tenga más de religioso que de profano, más de San Agustín que de Víctor Hugo, salvo la influencia de la civilización europea.

Aun allí tienen los Santos Padres la influencia que antes tuvieron entre nosotros. ¿Qué de extraño es que la literatura peque de mística, si los cerebros no se han emancipado del imperio que en el mundo ejercieron los metafísicos?

La esencia de la doctrina de Tolstoï, considerándolo como novelista primero y como teólogo después, es tan oriental como la del mártir del Gólgota. Aparte la soltura que el habla contemporánea ha adquirido en todas partes, las síntesis de sus escritos recuerdan el Asia. Y téngase en cuenta que esa manifestación del ingenio de Tolstoï representa una fase del espíritu que discutimos y que no es ciertamente el de otros tiempos, pues hoy el novelista ruso está más metido que nunca en eso del misticismo. Rinde tributo á los años y como todos los grandes revolucionarios á fuerza de amar á la humanidad ha concluido por aborrecer su persona. Tanto se preocupan de la suerte ajena, que pierden la noción de su existencia, llegando al misticismo por la parte contraria, por amor á la humanidad, así como otros llegan á él por amor á dios.

En ninguna parte se encontrarán tantos místicos como entre los anarquistas, particularmente en los de inteligencia superior que han llegado á la vejez peleando contra los tiranos y contra los sistemas injustos. La aspiración se idealiza; á fuerza de desatenderla, la materia pierde sus propiedades y llega la neurosis, el sedentarismo, origen de todo recargo idealista. El misticismo invade aquella inteligencia y hace un dios de cualquier cosa: de la humanidad, de la naturaleza, de un principio inmaterial y eterno. El árbol ha agostado su savia y se prepara á morir como un creyente, aunque sea creyendo que no hay más dios que el hombre, pero atribuyéndole propiedades que el alma del místico necesita para sacrificarse por algo. Y si esto sucede con los hijos de una civilización que cuenta varios siglos, ¿qué

no sucederá con los rusos recién nacidos á las grandes conquistas del espíritu? La historia huella los cerebros aunque sean como los de Tolstoï; el ambiente guía nuestros pasos aunque sean los de un gigante como el novelista ruso.

Tolstoï es místico porque no puede ser otra cosa, porque son místicos todos los revolucionarios rusos y, además, porque en místicos paran todos aquellos que reemplazan á dios por la humanidad. El que olvida las satisfacciones de su organismo para atender las de los otros, al misticismo llega más tarde ó más temprano.

Las costumbres, como la historia, como la evolución de la inteligencia rusa, son á propósito para hacer desarrollar y crecer aquellas ideas y religiones que supeditan el bien individual al bien común, sin comprender que doctrina que atenga al individuo por atender la humanidad, está reñida con la naturaleza y condenada á aumentar el número de las utopías. El bien común ha de resultar del individual y no el individual del común; de la misma manera que la libertad de los pueblos ha de resultar de la libertad de los ciudadanos. Y Rusia pasa por el período del misticismo comunista. La nación misma está compuesta de pequeñas comunidades, cuyo jefe supremo es el czar. Son infinitas las ciudades que reconocen el poder del jefe de la tribu ó de la familia. La familia es patriarcal y los bienes comunales. Todos los litigios se resuelven por medio de un consejo compuesto de los más ancianos. El individuo nada. El padre asume la representación del czar; no hay más autoridad que la suya. Y si el emperador es un déspota dentro de la nación, el padre, ó el más viejo de los padres, lo es dentro de la familia. A duras penas hay intermediarios entre el czar y sus vasallos. Las comunidades ó los municipios son independientes, pero no así los individuos sometidos á la absoluta é indiscutible autoridad del patriarca de la familia.

En esta atmósfera ha crecido Tolstoï. Viendo la servidumbre de sus compatriotas que, por otra parte, son fanáticos y supersticiosos hasta lo increíble. Acostumbrados á la nulidad completa de su persona y á ver en el emperador á su dios y amo, puesto que representa el poder espiritual y terrenal; sin goces materiales y mucho menos intelectuales, particularmente en las aldeas de cuya vida muestra nuestro escritor tan enamorado, no es de extrañar que se entreguen al misticismo y que unos hagan de la rebeldía una religión y otros de la mansedumbre.

Tolstoï no es ni lo uno ni lo otro; pero de los revolucionarios á lo Baukunin y de los mansos á lo Iwanowik ha hecho una religión manía antigua, puesto que es la de todos los escolásticos. El novelista ruso, la antítesis del czar. Este, el rango elevado á lo supremo; aquel, la humildad descendida á la negación del individuo; pero si el emperador en su persona representa lo terrenal y lo espiritual también lo representa Tolstoï en su doctrina. Son dos potencias: el uno por su rango; el otro por su humildad, y los humildes adoran tanto á Tolstoï como los magnates al czar.

El novelista ruso es revolucionario por lo que tiene de Crisóstomo, como lo son todos los que defienden el cristianismo en su pureza. Cristo era partidario de la comunidad de bienes á fuerza de ser místico, es decir, de amar al hombre más que á uno mismo, de hacer una religión del amor al prójimo. Cuando Tolstoï llegó á la edad en que las pasiones dejan el sitio al sentimiento, ha defendido el celibato, una aberración de la inteligencia; y cuando en él el amor á la vida se perdió aquella fuerza que hace gozar en cada nueva aspiración y en cada nuevo deseo, se ha entregado á la contemplación, dando en analizar el *Sermón de*

Montaña y *El Nuevo Testamento*, deduciendo de su esencia, ó de lo que él ha creído su esencia, los cinco *Mandamientos* que llevan la firma de Tolstoï, pero que sólo tienen la novedad de estar escritas en estilo más moderno que las Sagradas Escrituras. Y el misticismo de Tolstoï no constituye el nervio de su vida; es un accidente de sus últimos años, perfectamente explicable á los sesenta y más explicable aún en Rusia.

No nos queda tiempo ya para hacer una verdadera biografía del escritor ruso; pero daremos á conocer, aunque sea á grandes rasgos, sus obras como escritor y como místico.

Por lo que nos dice de su juventud, podemos sacar la consecuencia de que el sentimentalismo constituyó la parte principal de su temperamento. Explica varios pasajes de su vida con una beatitud desconsoladora, como si hablara un arrepentido; Loyola, por ejemplo. Oigámosle:

«En mi vida, vida excepcionalmente afortunada desde el punto de vista mundano, puedo enumerar tal serie de sinsabores sufridos por causa del «Mundo» como los que puede soportar un mártir por Jesús. Todos los acontecimientos más sensibles de mi existencia, empezando por las orgías y duelos de mi época de estudiante, las guerras á que he asistido, las enfermedades y las condiciones anómalas é intolerables en que vivo al presente, todo eso no es ni más ni menos que un martirio sufrido en nombre de la doctrina del Mundo. Si, y hablo de mi vida, excepcionalmente afortunada desde el punto de vista mundano.

Repase su vida todo hombre sincero y verá que jamás, ni una sola vez, ha sufrido por practicar la doctrina de Jesús; la parte principal de sus infortunios dimana de haberse rendido, contra su inclinación, á los halagos de la doctrina del Mundo.»

Téngase en cuenta que, esto, á pesar de referirse á su vida en general, lo ha escrito en sus últimos años, después de haber rehusado á su gloria de autor novelista y de haber declarado que no escribiría novelas en adelante, como renegando de su propio genio por demasiado mundano.

Las principales obras de Tolstoï, escritas en diferentes sitios y en estados diferentes de su alma, son las siguientes, de las cuales las tres primeras, y singularmente la titulada *Ana Karenine*, constituyen la cúspide de su obra intelectual: *Ana Karenine*, *La guerra y la paz*, *La sonata de Kreutzer*, *Marido y mujer*, *Una corta en el bosque*, *Dos generaciones*, *La muerte de Nicolás Levine*, *El ahorcado*, *El sitio de Sebastopol*, *El príncipe Nekhli*, *Iwan el Imbécil*, *En el Cáucaso*, *Miguel*, *Los dos ancianos*, *La muerte*, *Malachka* y *Akulina*, *Los cosacos*, *Historia de un caballo*, *El canto del cisne*, *La lavandera*.

Ana Karenine es la propia historia del autor, pero pertenece á un pasado del cual nos habla Tolstoï en los siguientes términos:

«Hace cinco años (esto lo escribía en el 92) nació en mí la fe: creí en la doctrina de Jesús y cambió de repente toda mi vida. Dejé de desear lo que antes deseaba y deseé lo que nunca había anhelado. Lo que solía parecerme bueno anteriormente, me parece malo ahora; lo que solía encontrar malo, me parece bueno.»

Desde esta fase de su vida deja de escribir novelas; pero *Ana Karenine*, es decir, la vida de Tolstoï, continúa en otra forma literaria con los títulos de *Mi confesión*, *Mi religión* y *¿Que faire?*

Estamos ya en pleno misticismo. Jesús y sus doctrinas dominan por completo á Tolstoï, y la poesía es reemplazada por la teología en perjuicio del arte y del

individuo. Es la decadencia del cuerpo y la del alma; son los gritos del pasado que llaman al hombre con voz poderosa; es la tierra que reclama el cuerpo y largos siglos de iluminismo que exigen el espíritu. Contra estos elementos no se puede luchar en Rusia; es preciso huir de ella, como huyó Bakounine, como huyó Kropotkine, como huyen todos los revolucionarios verdaderos, para bautizar su espíritu y renovar su savia intelectual en el nuevo Jordán de la doctrina del hombre por el hombre, que fortalece el alma dotándola de la verdadera fe, de aquella que considera bueno al ser por su propia condición y no por la que habrá de obtener según sus obras. Estas son consecuencias del organismo social más que del humano, y no es justo que por no haber obrado bien en un mundo que te obliga á obrar mal, hayas de ser castigado por quien, precisamente, pudo hacerlo mejor, si es que pudo.

Tolstoï, sentimentalista siempre, pero no siempre místico, esperó en Rusia á que el espíritu agotara sus propias fuerzas, y sin poderlas renovar en las inagotables energías naturales, la luz antinatural inundó el cerebro desviándolo del hombre, fuente de toda bondad, para dirigirla á dios, de condiciones muy discutibles.

He aquí el fruto del misticismo de Tolstoï, además de las obras últimamente mencionadas: «*Mandamientos de paz*. 1.º Vive en paz con todos los hombres; no trates á ninguno como un ser despreciable ó inferior á tí; no te permitas tú ninguna cólera, ni descanses hasta ver disipada la de los demás contra tí, aun siendo injusta. 2.º Ni libertinaje ni divorcio; tenga cada hombre una mujer y cada mujer un marido. 3.º Jamás, bajo ningún pretexto, hagas juramento de servicios de ninguna especie; todos esos juramentos son impuestos por malos designios. 4.º Nunca emplees la fuerza contra el que te dañe; soporta cualquier mal que te hagan sin ponerte frente á su autor ni procurar su castigo. 5.º Renuncia á toda distinción de nacionalidad; no pienses en poder tratar nunca como enemigos á los hombres de otra nación; ama á todos los hombres como á hermanos; haz bien á todos ellos del mismo modo.»

Estos *Mandamientos*, salvo el sabor beatífico que á nada conduce, podrían incluirse, no precisamente en la doctrina de Cristo, de la cual son una derivación, como ésta lo es de las religiones orientales, sino en la de todos los sociólogos contemporáneos, que han hecho de las modernas teorías, sin misticismos ni ideas antinaturales, un hermoso canto á las reivindicaciones humanas.

Tienen éstas sobre aquéllas la superioridad de atender la iniciativa individual, es decir, la autonomía del individuo aun dentro de la comunidad de bienes, y reconocen en las satisfacciones materiales la misma categoría que las morales é intelectuales, atributos que olvidan por completo todos los místicos, cualquiera que sea su origen y su categoría.

Tolstoï, como novelista, será de vida más larga que como teólogo, porque como novelista es una personalidad y como místico es una imitación. No reneguemos de él; reneguemos de un ambiente que malpara organismos tan extraordinarios. Huyen de la naturaleza, cuando la vida huye de ellos.

FEDERICO URALES.



CIENCIA Y ARTE

EL MAGNETISMO EN LA ANTIGÜEDAD

Los griegos conocían ya en el siglo VII antes de nuestra era la propiedad fundamental del imán, la de atraer el hierro, puesto que Thales hace mención de ella: el nombre griego del imán natural era *litos erakleia*, *pedra de Hércules*, ó según otros, *pedra de Heraclea*. Más adelante, desde el tiempo de Platón, se dió otro nombre al imán, el de *magnetis litos*, *pedra de Magnesia*, lo cual hace suponer que abundaba en las inmediaciones de una de las dos ciudades de Lidia, que llevaban el nombre de Magnesia (1); pero los autores antiguos no están de acuerdo acerca del punto de origen del imán, pues unos lo suponen en la Lidia, otros en la Troade y otros en la India ó en las islas situadas entre la de Trapobana y el Quersoneso de Oro.

Los conocimientos de los antiguos sobre las propiedades del imán se redujeron á muy poca cosa hasta la Edad Media: sabíase que esta piedra atrae y retiene el hierro por contacto, pero ignoraban que un imán libre es también atraído por el hierro, y aun muchos filósofos se tomaron el trabajo de explicar por qué no sucedía esto. Ninguna noción sobre la polaridad magnética de los imanes, y aunque se consignaron algunos hechos que parecen debidos á esta propiedad, nadie los comprendió. Por ejemplo, según Plinio, existía una especie de imán *etiópico*, que atraía á los demás imanes: llamaba *theamede* á otra piedra que tenía propiedad de repeler el hierro, y que, sin duda, sería un imán ordinario, al cual acercaron un pedazo de hierro imantado. Tampoco sabían los antiguos que se pudiera comunicar al hierro de un modo permanente la propiedad de la piedra imán; sin embargo, conocían la imantación por contacto, y formaban una cadena magnética suspendiendo unos de otros anillos de hierro á continuación de un primer anillo puesto en contacto inmediato con el imán; habían observado que este poder del

(1.) Esta opinión parece corroborada por la denominación de *erakleia litos*, puesto que en los confines de la Lidia había también una ciudad llamada Heraclea. Según Th. H. Martin, parece que esta opinión, muy extendida en tiempo de Platón, procedía de una mala inteligencia, de una confusión á causa de la cual se dió también al imán el nombre de *pedra de Lidia*, *litos lidia*. Por último, los griegos usaban así mismo la denominación de *pedra de hierro*, *sideritos litos*. Aristóteles llama simplemente al imán *i litos*, es decir, *pedra por excelencia*; los latinos la llamaron *magnes*, de donde se deriva nuestra palabra *magnetismo*. En la Edad Media, además del nombre de *magnete*, se empleó para designar al imán la palabra *adamas*, que era también el del diamante.

hierro cesa tan luego como se interrumpe el contacto; y, por último Claudiano dice que el imán se refuerza por el contacto del hierro.

Los antiguos conocieron perfectamente la fuerza de los imanes y su poder de adherencia: esta propiedad era la que más les sorprendía, así fué que exageraron desmedidamente sus efectos, y tanto en la edad antigua como en la media, circularon por espacio de siglos enteros las fábulas y patrañas más inverosímiles. Mencionemos algunas, Según Plinio, Tolomeo Filadelfo y su arquitecto Dinocaris trazaron para la reina Arsinoe el plano de un templo cuya bóveda debía construirse con piedra imán, de suerte que la estatua de hierro de la nueva diosa quedara suspendida por simple contacto, Ausonio da por realizado este proyecto. Refiere San Agustín que los sacerdotes paganos, para engañar á las gentes, habían puesto piedras de imán ocultas en la bóveda y en el pavimento de un templo, calculando la fuerza de aquellas de modo que mantuvieran en el aire y en equilibrio una estatua de hierro, que, no pudiendo por esta causa subir ni bajar, presentaba á los fieles la apariencia de un milagro perpetuo. Muchos historiadores de la antigüedad y de la Edad Media han referido casos análogos, el más famoso de los cuales es el de la suspensión de la tumba de Mahoma de la bóveda de la mezquita en que estaba.

Otras fábulas por el estilo demuestran cuanto había llamado la atención de los antiguos la misteriosa virtud de la atracción magnética. «El célebre astrónomo y geógrafo Tolomeo reproduce una versión popular, de cuya veracidad no responde, según la cual las naves que van á las islas Maniolas quedan retenidas por una fuerza misteriosa si al construirlas no se ha tenido la precaución de poner, en vez de clavos de hierro, clavijas de madera. Tolomeo sospecha que pudieran ser causa de este fenómeno las grandes minas de imán situadas en dichas islas.» A juzgar por la posición que Tolomeo asigna á las islas Maniolas entre Trapobana y el Quersoneso de Aro (Ceilán y la península de Malaca), estaban sin duda comprendidas entre los archipiélagos de Andamán ó de Nicobar. «Plinio cuenta que cerca del Indo hay dos montañas, una de las cuales atrae el hierro y la otra lo rechaza en términos de que si un viajero lleva clavos de hierro en su calzado, no puede poner el pie en el suelo en una de dichas montañas, al paso que queda adherido á él en la otra.»

Hemos dicho que los antiguos ignoraban los procedimientos de imantación, y por consiguiente, no conocían los imanes artificiales. Sin embargo, Plinio hace observar que el hierro, después de recibir de su contacto con el imán el poder de atraer al hierro, puede conservarlo mucho tiempo después de haber cesado el contacto; y añade que las armas fabricadas con este hierro, llamado *hierro viviente*, causaban heridas más peligrosas que las otras.

En resumen, todo cuanto los hombres de la antigüedad y de la Edad Media sabían acerca del imán se reducía á conocer la propiedad atractiva de éste para con el hierro; y si bien no les era enteramente desconocida la repulsión magnética, la atribuían á una especie particular de imán, lo cual se comprende, dada su absoluta ignorancia de la polaridad magnética. Finalmente, tenían las ideas más exageradas y absurdas sobre el poder de los imanes naturales.

Hacia los siglos XI ó XII de nuestra era se difundió por Europa el conocimiento de otra propiedad importante: el de la fijeza de la dirección de un imán libre con relación al horizonte de un lugar cualquiera. El uso de la brújula, cuya

construcción se basa en esta propiedad fundamental, no tan sólo fué de gran auxilio para la navegación y para la extensión de los conocimientos geográficos, sino que muy en breve hizo posible el estudio más completo de las propiedades del imán, si bien es cierto que este estudio no pudo producir todos sus frutos hasta la introducción del método científico de observación experimental. Los antiguos se limitaban á la mera observación, según se desprende de todo cuanto nos resta de sus escritos; partiendo de algunos hechos sencillos que aquella les revelaba, y que con frecuencia acogían sin comprobarlos y por lo que oían decir, disertaban ingeniosamente, hay que confesarlo, pero también infructuosamente sobre sus causas. Así se explican los escasos progresos que hicieron en las ciencias físicas, y en particular la insignificancia de los datos que recogieron acerca del imán.

A. G.

ENSAYO SOBRE LA PERVERSIDAD

La multitud, en el fondo muy lógica, á pesar de su aparente versatilidad, presiente este desvío de la vida, que le es simpático, participa de la desconfianza y repulsión instintivas al poeta, al inventor y al metafísico. Adivina que tales seres se derivan de ella, que no siguen sus caminos, que no piensan en la tierra, que se preocupan de lo invisible y que se hallan siempre dispuestos, según la antigua fábula, á abandonar la presa por la sombra. No comprende la obra de estos hombres, les acoge mal y les desprecia; pero además presiente que se revelan contra la ley de la especie y la humanidad vulgar. Son refractarios; la energía aplicada á la acción no les interesa y les es antipática. Tal antipatía surge también en la multitud contra los intelectuales. Habla de ellos como de seres viciosos y casi con los calificativos que aplica á aquellos que llaman la atención por sus desarreglos. Muy tarde, al pensar en sus obras, la multitud comprende que estos «obreros de última hora» trabajaron tanto ó más que los restantes y que su perversidad era buena.

Pero además de estas perversidades admirables, hay otras que son buenas. ¿No es antihumanitario el impulso al sacrificio? No hablo del instinto de solidaridad, que nos impulsa á ayudar á los seres de la misma especie y que es una especie de egoísmo colectivo; pero ¿no es una perversidad la tendencia al sacrificio en sí y por sí misma? ¿Quién de nosotros no ha sentido, en determinados momentos, la necesidad irreflexiva de hacer el bien á los indiferentes, de enagenarse de sí, de humillarse? No es caridad ni remordimiento anheloso de compensar antiguas faltas; es el deseo del sacrificio, pasión por aminorar la personalidad, impulsándola á anularse ante la de otro. He tenido un amigo que adoraba á su querida y que notó que uno de sus compañeros estaba celoso de ella; su amor superaba á la amistad que profesaba á su colega. Y sin embargo, se distanció de su querida, la irritó con mil desplantes, atrajo hacia ella al rival y trabajó porque ambos se unieran. Fué desgraciado y estuvo á punto de morir de tristeza, y se complació, no obstante, en semejante sacrificio, que hubiese podido evitar á poca costa. Durante diez meses vivieron en paz, y cada imprudencia que la comprometía pro-

ducía sinsabores á mi amigo. Imposible calcular el ingenio que empleó en hacer su propia desgracia y á la vez la dicha de su prójimo. Cuando recobró la tranquilidad y le pregunté, pasado mucho tiempo, si había obrado por bondad ó por compasión hacia su amigo, me contestó con gran sinceridad que no hallaba motivo ninguno plausible á su conducta. Había sido impulsado por la perversidad del empequeñecimiento, cosa más frecuente de lo que se cree. Había faltado á la humanidad, obrado como vicioso, como refractario, obedeciendo á influencias desastrosas para la moralidad. Al olvidarse de sí hasta tal extremo, ¿á qué atractivo del sentido cósmico había obedecido? ¿No era impulso análogo al que lleva al astrónomo á olvidarse de su corbata ó de almorzar para calcular la gravitación de un satélite, ó que hipnotiza al artista japonés que trabaja el marfil durante toda su vida en medio de un lago, dentro de una barca, para evitar la trepidación? A los ojos del vulgo, semejante absorción del egoísmo individual en pro de una idea ó de un objeto, implica locura. Para él mi amigo había obrado como un loco, y en tal sentido se podría declarar que la metafísica, que es propiamente el estudio de Dios, la ciencia cósmica que comprende á todas las demás, es la perversidad por excelencia.

En páginas perdurables, que vivirán lo que la literatura y cuya belleza es inestimable, Edgar Poe, una de las víctimas de más relieve de esta perversidad buena, la ha definido con la precisión intuitiva y luminosa que da á su genio un carácter tan raro. Entre sus axiomas más notables, el de que la perversidad ejecuta actos superfluos, describe al asesino seguro de su impunidad, diciendo: «Jamás se me descubrirá, á no ser yo tan necio que descubra mi crimen.» y dominado por el deseo de confesarlo, deseo tan irresistible que concluye por la confesión. Es el caso de mi amigo. Es la exigencia cósmica desconocida, que pasa por encima del sujeto para servir á una categoría de razones superiores. ¿Representaba para el criminal de Poe la obscura ley de compensación y de justicia? ¿Equivalía para mi amigo al presentimiento de que *debía*, en plena apariencia de dicha amorosa, separarse de aquella á quien amaba? Seguramente tales actos contradictorios de nuestros intereses humanos, engendrados por la perversidad, deben hallar en una región invisible su justificación y su necesidad y no parecer absurdos y antinaturales sino á nuestras inteligencias limitadas. Pero Edgar Poe hubiese podido añadir que la reciprocidad de su teorema también era verdadera.

Se puede dejar de hacer una cosa, porque todo impulsa á cumplirla, y es el caso de mi amigo; no tomó ninguna precaución para alejar á su querida de su colega, aunque vió claramente que su dicha dependía de tal alejamiento. Y el asesino del cuento no se encerró en su habitación cuando se sintió poseído del deseo de confesar su crimen. En ambas historias la perversidad consiste en que los dos personajes obraron contra su interés humano, no sólo por imprudencia, remordimiento ó espíritu de sacrificio, aunque *comprendiesen* dónde iban á terminar, sino porque lo *comprendían*. Toda la fuerza de su lógica y de su atención, en vez de emplearse en su interés personal, se consagró á otro interés oscuro, secreto, que residía fuera de su cuerpo. Así el conjunto de las facultades de un filósofo, si se empleara en beneficio propio, le convertiría en jefe de los pueblos ó en sensual célebre y exaltaría su personalidad en todas las formas terrestres; pero se aplica á una idea abstracta y el cuerpo, en quien ella reside totalmente abandonado, languidece en el ascetismo. Porque podría ser en lo humano muy

considerado, se esfuerza en sacrificar todas sus fuerzas vivas á un uso ultrahumano. Todas estas perversidades son equivalentes.

Es preciso también distinguir entre las dos perversidades; la una buena y la otra mala, y en qué dañan la primera á la segunda, en cuanto agotan la personalidad, desviándola de su misión activa y terrestre. Pero si la opinión general encuentra natural atribuir un sentido malo á la perversidad del vicio, del cual diré después algo, repugna censurar la perversidad del sacrificio ó del intelectualismo. Si he anticipado que el desenvolvimiento moral y mental del místico y del filósofo es tan *perverso* como la energía de un sádico, rehusarán tal aserto los fisiólogos más inclinados á condenar al genio y á las naturalezas excepcionales frente al famoso dogma de la normalidad. Es que las nociones del bien y del mal, para decirlo todo, son muy imperfectas.

Hablando con exactitud, la Naturaleza es *amor*. Produce el veneno y el antídoto, el criminal ó el policía con indiferencia completa. Todo se reduce en ella á fenómenos, analogías y contrastes; no revela indicios de preferencias. Llamamos *bien* lo que sirve á los instintos de la raza, y *mal* lo que les contraria; pero la Naturaleza, que no ha sido creada exclusivamente para nuestra utilidad, no cede á clasificaciones tan arbitrarias.

Hemos formado, para constituir nuestras sociedades, una moral y hemos procurado realizarla, atribuyéndola un origen divino; pero no tiene ningún valor de eternidad, varía constantemente y la sociedad futura podrá muy bien concebir una moral apropiada á la naturaleza mejor conocida y emancipada de las ideas del bien y del mal. En tanto apreciamos el bien en su aspecto de utilidad social. Como la perversidad del filósofo ó del artista deja obras preciosas á la sociedad, el vulgo repugna atribuir sentido desfavorable á la disposición mental que las produce: estas obras, en cuanto útiles, son buenas según su criterio. Solo considera mala dirección, camino perverso aquel donde no halla nada utilizable. Y, sin embargo, pretendo mostrar que uno y otro camino son idénticos y deben ser designados y considerados del mismo modo. La palabra *perversidad* es susceptible de un sentido laudable como la palabra *monstruo*. Hemos convertido ambas en signos de pecado y de execración; atengámonos á la etimología, y con ella declaremos que lo monstruoso—el *monstrum* latino—es el prodigio, todo lo que excede de lo ordinario y la perversidad—el *per-versitudo* latino—es todo lo que desvía al ser humano del cuidado de la vida inmediata. lo mismo el genio y el misticismo que el crimen y la locura.

Elevemos altares á esta bella perversidad, no ya solo como á un idolo demoníaco venerado por fanáticos en la vergonzosa obscuridad de una misa negra, sino también como un angel blanco, inmaterial y admirable que nos indica con el dedo la región de lo infinito y elige en el rebaño humano á algunas criaturas para elevarlas por encima de las preocupaciones de la tierra. Elevemos altares á esta figura emblemática de lo excepcional. Nada lograríamos solo con la normalidad, con esta miserable vida vegetativa de lo racional y de lo previsto, que satisface «á las pequeñas gentes de la Historia.» El gran desequilibrio de la perversidad despierta en nuestras almas armonías desconocidas, himnos, anhelos, que no justificaría la exclusiva preocupación de la existencia terrestre y nada es tan hermosamente misterioso como el atractivo de lo infinito que enajena á los mejores entre nosotros y les hace partícipes de una comprensión superior de las leyes

del Universo. Nuestra pobre ciencia es excedida. En nuestros santuarios interiores toma asiento una diosa invisible y nueva.

CAMILLE MAUCLAIR.

Traducción de U. GONZÁLEZ SERRANO.

(*Nouvelle Revue*).

(*Se continuará*).

EL ARTISTA Y EL FILÓSOFO

¡Si ustedes hubiesen visto cómo jugaban los tres! Contaba ella ocho abriles y estaba que no había quién fuese más linda. Su carita sonrosada, sus grandes ojos negros, los rizos dorados que el aire mecía dábanle el encanto más perfecto. Hermosos lo eran también Luis y Carlos, sus pretendientes; el primero de diez años; de nueve el segundo. Aquel, esbelto, arrogante, gracioso, atolondrado, reunía las condiciones requeridas para ser el preferido de niña coqueta; éste, prudente, timorato y cuidadoso, era el ideal de mujercita casera y hacendosa.

Y todos los días lo mismo: aquí las sillas, allá los utensilios de cocina, acullá la cuna de Consuelo, un hermosísimo bebé.

—Luis, aquí no está bien el sofá; lo mojaríamos al ir por agua; mejor estaría al otro lado.

—¿Al otro? ¡Qué fastidio! No hará efecto.

—Y esto ¿qué? La cuestión está en que los juguetes no se mojen ni estropeen.

—No señor: consiste en que sean bonitos.

Y hasta que intervenía Rosita, como intervienen las reinas y señoras, no se arreglaba el saloncito.

Aquí la mesa. Allá iba la mesa.

Acullá la cuna, pero cuidado con despertar á nuestra hijita, y la cuna era trasportada con más tiento que si realmente se tratase de una hija de carne y hueso.

Al fin quedaba dispuesto tal como lo disponía la dueña.

—Yo seré la madre, Carlos el padre, Luis... ¿quién será Luis.

—Qué sea el abuelo.

—¡Yo no quiero ser el abuelo!

—¿Qué quieres ser?

—El padre.

—¡Ah! no; el padre soy yo, Luis; Rosita lo ha dispuesto.

—Pues el hijo.

—¡El hijo! el hijo es Consuelo.

—Yo sería la madre, Carlos el padre, Consuelo estaría enferma y Luis sería el médico ¿eh?

—Sí, sí, exclamaron los chicuelos.

¡Cómo no! Tal como Rosita lo había dispuesto, Luis podía echárselas de presumido y Carlos daría gusto á su corazón bondadoso.

—Empecemos, pues: Luis que se meta en el despacho de papá ¿estamos?

—Cuando tu dispongas, Rosita.

—¡Ay! Carlos, nuestra niña está muy malita.

—¿Quieres que vaya por el señor doctor?

—Sí, mejor será.

—Voy corriendo.

—¿Sin cepillarte? No quiero un marido tan poco cuidadoso de su persona.

—¡Bueno Rosita, ya me cepillaré! pero conste que no están para cepillarse los padres que tienen hijas enfermas.

—Tienes razón; empecemos de nuevo. ¿Sabes Carlos que Consuelo tiene mucha fiebre.

—¿Quieres que vaya por el médico?

—No estaría de más.

—Pues voy enseguida. ¿Dónde está el cepillo?

—¡Si no lo tenemos!

—Como te incomodastes.....

—Era un decir.

—Hasta pronto, pues.

Ganig... ganig... ganig...

—¿Quién?

—¿Está en casa el señor doctor?

—¿Qué se le ofrece?

—Desearía visitara una niña mía.

—En seguida.

Pasa un minuto, pasan dos, pasan tres y el doctor no asoma la oreja.

—¡Que mi hija se muere!

—Doy lustre á las botas.

Tres ó cuatro minutos más y el doctor no aparece. Al fin puede echársele el ojo, hecho un gomoso.

—Aquí está el señor doctor, Rosita.

—¡Uf! ¡qué guapo va!

—Muy buenos días.

Luis entra como Pedro por su casa, atropellando á todo el mundo, derribándolo todo:

—¡Caramba Luis, ten cuidado! ¡Ay! que me ha pisado los zapatos nuevos.

Carlos se saca el pañuelo y limpia con él los zapatos de Rosita.

—Dejadme el pasó franco; lo haré como un médico de verdad. A ver el pulso, ahora la lengua; basta: esta niña tiene la *difteria*.

—¡Pobre hija de mi alma! ¡Que se va á morir! ¡Triste de mí!

—Puede que no, Rosita. Además ¿qué sabe ese?

—Los médicos lo sabemos todo.

—Sí; el disgusto que dais á las familias.

—¡Qué disgusto ni ocho cuartos! la cuestión es hacerlo con propiedad.

Las verdaderas mamás al llegar la hora de la comida, fueron por Luis y Carlos y al despedirse Rosita dijo al segundo:

—¿Me traerás flores?

—Sí, Rosita; un ramo.

—Y yo también—interrumpió Luis para no ser menos,—y más bonito que el de Carlos.

—Eso ya lo veremos.

—¡Que sean bonitos los dos!

Los niños se fueron á comer y Rosita vistió á Consuelo con el cuidado y la coquetería que acostumbran las mamás que tienen hijas de cartón. La de Rosita llamóla también para comer, lo que hizo en un abrir y cerrar de ojos. Al cuarto de hora estaba ya rodeada de los diminutivos muebles de Consuelo, cambiándolos mil veces de lugar, colocándolo todo en órden al objeto de que, cuando Luis y Carlos volvieran con el ramo de flores, lo encontraran todo dispuesto.

—Llorona, más que llorona; no me dejas descansar un momento. Ya te arreglará tu mamá. Ni tiempo para ir de compra.... ¡Cuánto tardan Luis y Carlos!

Y lo que habían de tardar aún. Comieron, también, á pie derecho; se fueron después al jardín preparándose para el torneo. Luis cogía y tiraba flores. Estas me gustan, esotras no. Ahora rosas, después hortensias, luego claveles; en medio una magnolia. A ver de lejos. No, al lado de los claveles, las hortensias no me gustan. Y volvía á empezar. Carlos no le iba en zaga; era preciso hacer una cosa notable. Se trataba de Rosita y además, Luis, había prometido hacer cosa más bonitas, lucirse era cuestión de dignidad. Pero, de temperamento diferente, habían de concebir la notabilidad de diferente manera, también.

Luis fué el primero. Apareció radiante de alegría con el ramo de flores á punto que Rosita lloriqueaba por no saber explicarse tanta tardanza.

—¡Qué hermoso, qué bonito y qué gusto has tenido Luis! Muchas gracias.

Le faltó tiempo para tomar el ramo de flores de manos del pequeño galán, pero al hacerlo exhaló un ¡ay! que hizo estremecer á Luis.

—¿Qué tienes Rosita?

—¿Qué he de tener? Me he arañado las manos con las espinas de tus flores.

—¡Cuánto lo siento!

—Mira, ahora viene Carlos con un ramo que parece una col. No quiero yo cosa tan fea. ¡Si se habrá figurado el mozo ese que estoy hambrienta de flores.

—¿Tanto tiempo para construir un manojo de cebollas?

—Ya verás Luis; yo no he querido que las manos de Rosita se arañaran y he quitado las espinas á las flores.

UN TRIMARDEUR.

TEATROS

Teresa Raquin: drama en cuatro actos arreglado á la escena española por el señor Ruiz Contreras, estrenado en el teatro de la Princesa.

De las obras del insigne Zola, Teresa Raquin es de los peores. Leyéndola el espíritu queda anonadado ante aquel cuadro interminable de ideas funestas, de planes terroríficos, de actos criminales.

Arreglar un drama de libro tan plagado de acción dramática, cuyas escenas traspasan los límites de la naturaleza humana, congelándole el alma, destruyéndole todas sus facultades y haciendo de ellas una masa informe, incoherente más digna del idiota que del hombre sano, no es tarea tan fácil como á primera vista parece. Se corre el peligro de embotar la inteligencia del espectador convirtién-

dolo en un sér innaccesible á toda emoción artística y negándole los altos goces del espíritu. El Sr. Ruiz Contreras ha sabido salvar con maestría tales inconveniencias, mejor dicho, tales defectos, y la *Teresa Raquin* ha salido de sus manos, llenando de cumplida manera las exigencias del teatro y las del público.

El gran Vico en el papel de *Lorenzo*, dió nueva prueba de lo mucho que vale encima de las tablas. Tuvo dos escenas en el tercer acto, tan maravillosas, como jamás pudo haberlas tenido. O aquello es el genio teatral, ó no sabemos qué puede ser. Una, cuando recuerda con *Teresa*, el río donde arrojaron á su víctima. Fué tal el efecto que las palabras del actor causaron en el público, que los espectadores sintieron como si pasara por su cuerpo una corriente eléctrica, hecho que muchos manifestaron haciendo un movimiento impulsivo, y otros, singularmente, las mujeres, dando un grito de terror.

Pasado el primer momento, el público, en masa, ovacionó al gran artista. La otra escena maravillosa, la más notable, en nuestro sentir, la produjo el artista cuando, á preguntas de *Teresa*, explica las facciones del muerto. Las vió el público en la mímica del actor.

La Sra. Calderón estuvo admirable en su papel de *Teresa*. Dijo las frases dramáticas con una naturalidad y sencillez á que no nos tienen acostumbrados las actrices españolas.

Los demás actores completaron el cuadro muy notablemente.

Creemos que *Teresa Raquin* atraerá mucha gente al teatro de la *Princesa*. Autor y actores fueron con justicia aplaudidísimos.

RIERA.

Los Danicheff. Comedia de Pedro Newarky, traducción de los Sres. Gómez y Llana.

Los Danicheff es una comedia de costumbres rusas, y, por lo tanto, mística, que ha hecho hablar mucho á la crítica. Ya, cuando Dumas la apadrinó, se dijo de ella muchas cosas buenas y no pocas de malas. Nosotros hemos visto la obra en francés y en italiano, no dudando en afirmar que al ser traducida al idioma español, haganado mucho artísticamente considerada. Los traductores han sabido aménorar el efecto que en el ánimo de los meridionales causa el raro misticismo del norte, la única dificultad sería que podía presentarse. Vencida, la obra debía de gustar y gustó en extremo.

Parte muy principal en el triunfo corresponde á los artistas que dirige el notable actor Sánchez de León. El conjunto resultó admirable, llamando la atención de los concurrentes, la mano que dirigió comedia tan difícil. No es costumbre en los centros literarios del extranjero, explicar el argumento de las obras, por entender que se castiga el interés del público y se descuida la crítica verdadera. De igual manera lo entendemos nosotros.

Concluiremos, pues, diciendo que el mutis de la Sra. Lamadrid fué notabilísimo y que en las demás escenas estuvo á gran altura; que la Srta. Moreno, hizo una princesa tan preciosa, que para sí la quisieran muchos príncipes; que la Sra. Luna arrancó con justicia el primer aplauso de la noche; que los Sres. Mendeguchía y Pastor estuvieron tan naturales y ceñidos al papel que representaban, como jamás los habíamos visto; que el Sr. Vay puede llegar á ser actor de fuerza muy notable si no le da por imitar á nadie; que el Sr. Mata hizo un diplomático francés arrancado de la realidad, y que puestos á elegir entre el director, Sr. Sánchez de León y el personaje *Osip*, no sabríamos á cual dar la preferencia. Nos pareció muy bien en uno y otro papel.

Fueron muy aplaudidos autores y actores.

VALOIS.



SECCION LIBRE

El feminismo en España

¡Hace dos años, con qué gusto hubiese yo tratado este asunto!

Sin ser un jovenzuelo aun me enamoran todos esos nombres de reivindicación, conquista de libertad y derechos y otras zarandajas por el estilo, en que suelo creer en los días de esperanza, los menos, desgraciadamente, en mi vida.

Con Prevost, Maizeroy, Leopold Lacour, Jules Bois, etc., pensé en las bellezas de una existencia, teniendo por compañía á una mujer inteligente y libre, consuelo en nuestras tristezas y colaboradora en nuestra labor. Protesté con Coppé de que hasta la misma ley fuese parcial en favor del hombre.

Con la ilustre Severine convine en que ya que no es posible dar á todas las mujeres el hogar y el amor, era necesario hacerlas aptas para que pudieran luchar por la existencia por sí solas, emancipadas de una tutela que, si no es tiránica, necesariamente ha de ser vergonzosa; y con los americanos admiré sus mujeres libres y de generales aptitudes.

Fuí pesimista sin que entibiara en mí el amor á la nueva idea, el que Mirbeau viera en el movimiento tan solo una señal de los triunfos, como otros istmos, precursora de algo que se avecina, consecuencia lógica de un malestar del cual nadie conoce las causas, pero todos sufrimos los efectos, rebelándonos según nuestras fuerzas contra ellos.

¿Hay *suobismo* en todo esto? Pues yo me declaro incurso en tal delito, aunque seráme lícito presentar como atenuante lo sugestivo de la idea en sí, y lo que pudieran influir sus propaladores, no de la talla de Jules Bois, cuya *Eva nouvelle* puede leerse á título de mera curiosidad bibliográfica, sabiendo por otra parte á que atenerme respecto al antes vulgarizador del *satanismo*, si que de los Prevost y Severine y aun del mismo Lacour, cuyo *Humanismo integral* es la obra seria del hombre convencido y cuyos actos en la vida privada, unido á una mujer inteligente y que con él comparte las fatigas del *streyle for life*, le dan la autoridad necesaria para que de su palabra no se dude. *Snob* ó no, yo fui feminista y por

periódicos y revistas deben andar trabajos míos en favor de la emancipación de la mujer.

¿Qué ya no lo soy?

Soy un hombre de mi tiempo, amo la justicia por que creo con mis contemporáneos, que nos ha abandonado y aspiro á ella como á un bien perdido, y justo y equitativo es que la unidad se reintegre de una parte que, como la otra (el hombre), aporte su inteligencia, sus iniciativas, su labor en una palabra, el bien común.

Cuando así pienso, la elegante y delicada *muñeca* que en la calle, en el teatro, en cualquier lado contemplo, me infunde lástima y deseo la regeneración para ella. Pero además soy el hombre de todos los tiempos, con sangre de oriental en mis venas, producto de una educación virilista y atávicamente ligado á ella.

La inteligencia quiere la mujer emancipada, la sensación adora á la muñeca y establecida la lucha, manifiesto el antagonismo, de mi raza, pobre decadente, me resigno á esta complicación y acepto como verdad inconcusa como «una complejidad del alma moderna» tal fenómeno, prefiriendo para mí la mujer que han cantado los poetas, para los demás la que preconizan las nuevas teorías.

El feminismo en España y en Italia y en Francia, trasplantado de los Estados Unidos é Inglaterra, no tiene arraigo posible en nuestra raza y vive una vida *literaria* casi exclusivamente. Algunos ensayos prácticos de resultados dudosos y mucha literatura. hé aquí los progresos de la idea en nuestros países. Aspiración elevada y noble de los Lohengrin, de las pobres Elsas de nuestra sangre, pero infructuosa. De la rue Blanche á Trafalgar square, se hace el viaje en pocas horas. ¡Quién sabe si ese breve tiempo bastó para curarme de mi vocación redentista!

Una latina no perdonaría al hombre que desaprovechara la ocasión de dirigirla si no una frase de amor, galante cuando menos. Una inglesa creería una inconveniencia esa galantería.

Cuestión etnológica, eso nada más, pero bastante para que, contra ella, se estrellen los esfuerzos de los hombres de buenos deseos... que hasta media noche no tendrán inconveniente en *demi viergear* á una amigueta y dedicarán la mañana á escribir un artículo defendiendo los derechos de la mujer á una existencia en consonancia con la dignidad humana. «Complejidades etc.»

Taine ha descubierto la influencia del hogar sobre el hombre y viceversa. Trabajan, pues, los apóstoles para vencer al medio ambiente, y ahora que se trata de regenerarlo todo en nuestra España, ahí están nuestra sangre y nuestros nervios que andan bien necesitados de ello.

Si esto consiguen y yo lo veo (!) ante la perspectiva del triunfo, mi feminismo de acción resurgirá y quien sabe á lo que llegaremos. Mientras tanto, procurando algún alivio á mi desconsuelo, seguiré creyendo que en España, desgraciadamente, la mujer hoy fustigada y mañana tiranizada, unida al hombre á impulsos de una pasión ó buscando en él tan solo un apoyo, es á su vez aceptada por aquél, amada y requerida en virtud de la casi única profesión que la señala los documentos públicos: *la profesión de su sexo*.

TOMÁS ORTS-RAMOS.

El proceso de Montjuich

El número 380 de «El Progreso» publica un artículo que reproducimos por creerlo de interés para aquellas personas y entidades interesadas en la revisión del proceso que sirve de epígrafe á estas líneas. Por nuestra parte creemos de mucho interés la reproducción en todas las localidades de España de los documentos que en el escrito se anuncian.

Hélo aquí:

«Hemos recibido la exposición que D. Jaime Torrents Ros, hermano de uno de los condenados por el crimen de la calle de Cambios Nuevos de Barcelona, dirige en nombre propio y en el de su madre y hermanas al señor presidente del Consejo de ministros, pidiendo la revisión del proceso de Montjuich.

El Sr. Torrents funda su petición en las declaraciones que sirvieron de base al proceso de referencia, puesto que, como todo el mundo sabe, fueron arrancadas por medio del tormento, circunstancias que las invalida, según previenen las leyes españolas.

En la exposición se leen párrafos como los siguientes:

«Todos coinciden, pues, en que el autor ó autores y cómplices del citado atentado no han caído bajo la acción de la justicia, y sin embargo, á pesar de las angustiosas protestas llenas de sinceridad y de inocencia que lanzan los presos desde sus mazmorras y de los avisos desinteresados que se enviaron á don Antonio Cánovas del Castillo por persona que sabe á ciencia cierta quién es el autor del atentado de referencia, su nombre y apellido y el país en donde se hallaba refugiado en aquel entonces, se negó este señor á pedir su extradición y dejó que los tribunales consagrasen un error jurídico, y sancionó luego con su propio visto bueno tal monstruosidad.

Y como de tales cosas existen víctimas inocentes que gimen en el infortunio, precisa, para el buen nombre de la justicia, para el buen nombre de España, que tales errores se corrijan, que las víctimas sean reintegradas al seno de sus infelicitadas familias y que se castigue con mano fuerte á los que contraviniendo lo prescripto por las leyes, convirtiéronse en infractores de las mismas, que es precisamente lo que más habían de respetar, para hacer recaer el castigo de este atentado sobre la cabeza de hombres honrados y completamente exentos de culpabilidad.

Ahora bien: como no ignora el que firma los buenos deseos que animan tanto al Gobierno de S. M. como á S. M. en persona para esclarecer la verdad sobre este asunto, tengo el honor de indicar que el Gobierno de S. M. haciendo uso de las facultades que le concede la legislación que rige, se sirva mandar hacer una completa revisión del ya citado proceso del atentado de la calle de Cambios Nuevos, de Barcelona.

A este fin es preciso se invitara por la vía diplomática, ó por otra que se considerara más pertinente, á Mr. Henry Rochefort, director de *L'Intransigeant*, y Mr. Drumont, de *La Libre Parole*, de París, para que depongan sus informes sobre

este particular, no sólo para esclarecer algunos puntos, si que también para informar sobre quién es el autor del atentado, pues que á ellos se presentó.

Además de los señores indicados, debería hacerse lo propio con don Fernando Tarrida, el cual también llegó á saber con oportunidad el nombre y demás pormenores del autor de la citada catástrofe.

Y como en esta cuestión no pueden ni deben admitirse dudas ni vacilaciones, debe citarse, además, á los martirizados en Montjuich y que no han sido fusilados: á Francisco Gana (que está en el destierro), á Juan Bautista Oller, á Francisco Callís y á Sebastián Sunyer, que en el presente están extinguiendo condena por un crimen que no cometieron, para que informen acerca de los tratos inhumanos que les fueron infligidos con el objeto de hacerles declarar sobre puntos para ellos completamente desconocidos.

Y si fuera posible, además, mandar hacer un reconocimiento facultativo en los cadáveres de los que fueron fusilados. Solicito que informen si Nogués tiene una nalga marcada por medio de hierros candentes con una N, y si además tenía triturado un testículo; de si Tomás Ascheri tenía todo el cuerpo lleno de surcos y las muñecas con las huellas de las esposas, y si Molas estaba magullado, á pesar de ser un individuo de constitución robustísima, y si, por fin, á Luis Más los martirios lo habían vuelto loco.»

Muy de tener en cuenta son las razones que el exponente aduce, y fundadamente confiamos en que serán atendidas por el Sr. Sagasta.

De no serlo, y hasta quizá siéndolo, nosotros publicaremos pruebas más claras y precisas de la inocencia de estos infelices condenados en méritos del proceso llamado de Montjuich; y según tenemos entendido, si el brillo de la justicia lo hiciera necesario, una alta personalidad dará á luz, abonándolos con su firma y al objeto de provocar la revisión de tan monstruoso proceso, documentos que demostrarán la gran injusticia que en el castillo catalán cometieron en el cuerpo y en la vida de unos cuantos obreros, seres exentos de nociones morales y de los más rudimentarios sentimientos.

Todo lo que se haga en este sentido, y se hará mucho si es preciso, habrá de obtener el beneplácito y el apoyo de las personas de buena voluntad.

Nosotros aconsejamos á los interesados en la revisión del proceso de Montjuich sobre todo á los que pueden ayudar al esclarecimiento de la justicia, como don Fernando Tarrida D. Pedro Corominas, D. Juan Montseny, D. Jaime Torrens Ros, D. Francisco Gana, las familias de Ascheri, Molas, Nogués, Más, Ollé, Cepellero y otras, que se preparen para secundar á las personas generosas con las pruebas que tengan de la inocencia de los condenados, y que lo hagan directamente y sin temor á la fiera ó fieras.

Frente á los inquisidores y sus cómplices, los espíritus rectos y justicieros. Veremos quién puede más.»



TRIBUNA DEL OBRERO

CREO EN EL BIEN

En el movimiento progresivo del mundo no hay más que una falange de santos divinos, de grandes revolucionarios, de eximios redentores, á los cuales la humanidad doliente ha consagrado sacratísimos altares donde nos posternamos todos los días los que por dicha y bien de la historia y de la emancipación del hombre hemos percibido un soplo creador de sus innovadores espíritus. ¿Cómo comprender el progreso sin la vida y como concebir ésta sin el movimiento y progreso de las ideas, sin la actividad, sin el trabajo, y como consecuencia precisa y necesaria de todo esto, sin las contrariedades, sin las revoluciones y errores de un minuto de la hora, de una hora del día, de un día del año, de un lustro del siglo? Los pueblos y el espíritu del hombre han luchado encarnizadamente entre sí despedazándose en cien y mil y mil combates que han ensangrentado la tierra para después unirse y abrazarse mutuamente, cuando la luz se ha hecho en las conciencias y en las inteligencias, al solo grito de paz justicia y libertad.

El progreso puede ser terrible, pero es divino. 93 es grande y terrible ¡pero cuanta luz arroja sobre las tenebreces de la tormentosa y proterva Edad Media!

La humanidad padecía; la luz del Renacimiento que empieza con el descubrimiento de América completando el planeta, no había servido más que para forjar nuevas cadenas á la esclavitud y aumentar nuevos dolores.

La idea, el pensamiento humano y bienhechor del hombre, ahogado en Cristo, venía existiendo en el arte, pero no había podido pasar de la escultura á los hechos reales de la historia hasta que Gutemberg hace el pensamiento vivo y alado con su maravilloso invento.

Hija la revolución del pensamiento perpetuado por las letras de plomo y obra de los enciclopedistas, si la revolución fué terrible—¡93 invulnerable!—¡renegareis por este fruto, pues, de la imprenta, de la obra madre de la revolución que transforma al mundo y dá á la humanidad un nuevo sol, tan necesario á la inteligencia como necesario el que preside al día transmitiéndonos su calórico primordial y vital principio de vida? Si nos acercásemos al sol, ó bien este se acercase á nosotros de pronto, nos abrasaría consumiendonos en su fuego.

Noventa y tres fué un sol que abrasó y consumió en su fuego á justos y pecadores. ¡Qué terrible verdad! pero mirado á distancia, su luz, ya mitigada, poética, que no podrá extinguirse en tanto haya hombres en la tierra, sigue iluminando al mundo que se emancipa cada día más y borra por completo las marcas infames de las servidumbres de todo el viejo mundo histórico.

¿Qué la libertad trae en sí naturales desórdenes con los partidos políticos.

Siempre la idea ha triunfado y sobrevivido á sus perseguidores y detractores: Triunfa en Moisés frente á Faraón; triunfa en Daniel frente á Nabucodonosor; triunfa en Sócrates frente á los treinta tiranos; triunfa en Jesús frente á Tiberio y en San Pablo frente á Nerón; y el ideal cristiano del bien y la libertad, perdura y perdurará, y los tiranos han sucumbido para siempre.

Yo tengo mi convencimiento del bien y creo en su éxito dentro del espacio y tiempo de la historia; y creo que el bien se reproduce á través y en medio de las nebulosidades de los tiempos, como creo que el mal se hace constar también para su eterno aborrecimiento.

Tengo un convencimiento del bien y creo en él; tengo una creencia de la Historia y creo en el éxito dentro del tiempo y del espacio, y creo que el bien y la libertad son inmortales y se reproducen en el dilatado curso de la Historia.

AURELIO MUÑOZ.